

Novela

La casa de la ficción



Victoria de Stefano Lluvia

CANDAYA
182 PÁGINAS
15 EUROS

J. A. MASOLIVER RÓDENAS

De todas las literaturas latinoamericanas, la más desconocida entre nosotros es la venezolana, y es de agradecer que del mismo modo que en poesía nos han llegado poetas de la altura de Rafael Cadenas o Eugenio Montejo, la editorial Candaya nos haya dado a conocer a Ednodio Quintero y ahora Victoria de Stefano, nacida en Rimini en 1940, en plena Guerra Mundial, y residente en Venezuela desde niña. Tal vez en el iluminador prólogo de Ednodio Quintero falte un panorama introductorio que sitúe a la escritora entre los renovadores de la narrativa venezolana posteriores al *boom* (Guillermo Meneses, Oswaldo Trejo, Luis Britto García, José Balza o el propio Quintero) en los que la metaficción no niega la seducción más inmediata del relato. Victoria de Stefano, con novelas como *Historias de la marcha a pie* (1997) y ahora *Lluvia*, publicada inicialmente en 2002, ocupa un lugar central. La metaficción puede castrar o estimu-

lar esa cualidad que para Cervantes es una exigencia, la de entretener, virtud que nadie podrá negar a la metaficción de Enrique Vila-Matas. Pero sus personajes, reales y ficticios al tiempo, son seres extravagantes que optan por el suicidio o el asesinato de su propia escritura; por el contrario, Stefano los rescata de la vida cotidiana y los sumerge en un ambiente de extrañeza y de misterio.

El argumento es mínimo. En la primera parte, José, el jardinero, se refugia en la casa de la narradora para resguardarse de una lluvia que parece no tener fin y que alcanza connotaciones bíblicas. Pero los pensamientos de Clarice (un explícito homenaje a Clarice Lispector) le llevan hacia el complejo pasado de un José alcohólico que encontrará la paz al descubrir la jardinería gracias a su protector, Federico Haller, el Suizo. La segunda parte son las páginas de un diario centrado en torno a la figura de P., su vecino viudo, con la extraña presencia de la inquilina rusa o lituana, la

del alcohólico Felix y los no menos extraños sueños de Clarice. El relato se cierra con la llegada de José para podar el níspero y cortar la grama, abrumado por la muerte de su protector, el Suizo.

Evocación, pensamiento, sueños. Los personajes dan la sensación de ser una realidad transitoria eternizada por la escritura de Clarice. Al mismo tiem-

La lluvia aumenta la idea de aislamiento un poco apocalíptica, reflejo de cierta realidad venezolana

po, la intrusión de ellos en su vida representa una llamada a la realidad, la del presente y la del pasado. Como muy bien señala Quintero en su prólogo, “arriba, en lo que se considera un plano superior, el lugar de la creación. Y abajo, a ras de suelo, el sitio donde se cue-

cen las habas. El estudio y la cocina”. José representa “la irrupción de la realidad. La vida real entrando en la casa de la ficción”. Pero, insisto, en este encuentro se da una transformación recíproca y una simbiosis. Apenas si sabemos nada de la ciudad donde ocurre la acción. Se habla de robos y José ha sido golpeado en “ese barrio pobre y mal socorrido en el límite extremo de los suburbios de la ciudad”. La lluvia aumenta esta sensación de aislamiento ligeramente apocalíptica, reflejo de cierta realidad venezolana. También la escritora vive aislada, pero no al margen sino estimulada por la presencia de sus vecinos.

Frente a la opresión está el homenaje a la libertad y a la belleza, donde la naturaleza ocupa un espacio muy especial. Como la escritura, representa la elevación: “si no escenificara mis historias ficticias o reales en el punto y lugar adonde ellas me llevan, si contra toda esperanza no intentara cortar mis atadura, si no hiciera mesiánicos esfuerzos por desplegar las alas, ¿hacia dónde podría mirar que no sintiera la muerte del alma?”. Y es así como jardín y escritura se identifican, “el jardín como ideal de especulación artística y filosófica, el jardín, donde todo se renueva y fecunda”, como renuevan y fecundan las lecturas que van tejiendo este hermoso relato tan lleno de sugerencias. |